

tenerlos del Gobierno, que no tenía ni con que pagar á las tropas que estaban al frente del enemigo combatiéndolo.

Era un clamor general, que se debía dar el asalto sin más dilación; sin meditar que la situación de todos se haría más crítica, si, lo que era seguro, sufríamos una derrota.

Si el Coronel D. Cristóbal Salinas ú otro de los Jefes Oaxaqueños hubiera tenido el mando, desconociendo el valor real de la fortificación que tenía que expugnar, y excitado por la pasión que ardía en todos los pechos, hubiera ordenado el asalto, y éste hubiese producido una derrota que habría llenado de luto á Oaxaca; se le hubiera absuelto por su temeridad, en atención á que no era militar de profesión y hallarse sobreexcitado por un ardiente patriotismo.

Pero el General Rosas Landa, que veía las cosas con serenidad, sin estar afectado por las pasiones que fermentaban en el campo, debía de obrar de otro modo.

Comprendió desde luego, que con los elementos que contaba no era posible intentar, sin eminente peligro, un asalto á la ciudad; y en lo que en mi concepto hizo mal, fué en hacer concebir esperanzas al Gobierno de Veracruz de que más adelante la ciudad podía caer en su poder.

Pocos días después de la llegada del General se presentaron en su barraca, sin haber sido invitados para ello, los principales Jefes, pidiéndole que inmediatamente ordenara el ataque á viva fuerza sobre la ciudad.

El General oyó con calma las pretensiones de los exponentes; les manifestó que deseaba saber si habían concebido algún plan para el ataque, y cuál era este.

Bien sabía el General que en todo ejército disciplinado aquellos Jefes cometían una grave falta que debía ser reprimida con energía; pero tratándose de guardias nacionales del Estado, era necesario manifestar la mayor prudencia, y esperó tranquilamente la respuesta.

Esta fué, que se formarían tres columnas, las que avan-

zando por distintas calles, se lanzarían sobre los parapetos, asaltándolos.

El General contestó que aquellas tres columnas, descendiendo de los cerros, serían vistas y cañoneadas durante su marcha: que después la metralla y la fusilería de las alturas y de los parapetos, desde el momento en que las columnas aparecieran en las calles, hasta su llegada al pie de la fortificación, harían en ellas horribles estragos impunemente, pues no podrían detenerse á hacer fuego sin hacer su situación más crítica: que al llegar al pie de los parapetos ocurriría la más terrible de las crisis, pues se hallarían con fuegos cruzados á quemarropa, del frente, de los flancos y de las alturas, y en la imposibilidad de salvar los fosos y escalar los parapetos, que se conservarían intactos sin presentar brecha alguna por donde poder penetrar: que sería muy probable que en estas circunstancias el enemigo hiciera una salida con infantería y caballería para atacar los flancos de las columnas, que ya comprometidas de frente, no podrían oponer ninguna resistencia: que en tal caso la destrucción de la brigada sería completa.

Contestaron que ellos tenían seguridad de tomar la plaza. Y preguntados en qué fundaban esa seguridad, respondieron que en el valor indomable de los soldados; en que el enemigo abandonaría los parapetos en cuanto viese avanzar las columnas, y en la experiencia que tenían de su superioridad sobre el enemigo, como lo probaban las jornadas del 16 de Enero y de Santo Domingo del Valle.

El General dijo que no dudaba del valor proverbial de los hijos de Oaxaca: que creía que llegarían hasta el pie de las fortificaciones enemigas; pero que una vez allí, ese mismo valor sólo serviría para que fuesen destruidos sin conseguir el objeto que se proponían: que en una acción campal, un momento de audacia por una parte, ó de debilidad por la otra, puede hacer que una tropa poco numerosa derrote á otra superior en número y en elementos; pero que en tratándose de fortificaciones, el valor por sí solo no es bastante para expugnarlas: que

ningún ejército por numeroso, aguerrido y valiente que se le suponga, podrá tomar una plaza fuerte, lanzando sus columnas al asalto, sino practicar para el ataque todos los trabajos necesarios: que por lo que respectaba al 16 de Enero, les llamaba la atención sobre la notable diferencia que había, tanto en la fortificación de entonces, como en la artillería y demás elementos de defensa con que contaba el enemigo; y que por lo que hacía á que éste abandonase los parapetos, no era cosa de poderse tomar en consideración, porque si no lo hacía, como era de presumirse, la probabilidad venía por tierra.

Insistieron en que todo se podía vencer con el valor de las tropas; pero mirando que el General no estaba dispuesto á acceder á sus deseos, se retiraron disgustados.

Desde aquel día hubo una lucha sorda entre el General y las tropas que mandaba: aquel resistiendo la presión que se quería ejercer sobre él, y estas contrariando en cuanto podían las disposiciones que dictaba.

La mala voluntad que contra el señor Rosas Landa reinaba en el campo no se circunscribía solamente á las tropas, sino que se extendía á las familias y gente suelta que en él se refugiaban, y que creían que era la cosa más fácil del mundo asaltar y tomar la plaza.

Puede concebirse sin esfuerzo cuan falsa y delicada sería la posición del General, que tenía que optar por uno de los dos términos terribles de este dilema: Asaltar la plaza, con la plena convicción de sufrir una sangrienta derrota, ó arrostrar el encono y la mala voluntad de sus subordinados.

Quedaba un tercer expediente que el General, en mi concepto, debía haber adoptado.

Informar al Gobierno pormenorizadamente del verdadero estado de la situación, sin omitir detalles, y hacer formal renuncia del mando.

Desgraciadamente no tomó esta resolución; y el resultado fué que durante tres meses tuvo que sufrir fuertes disgustos, y no consiguió el objeto que se proponía, de ocupar la ciudad.

La circunstancia de haber extraviado varios papeles durante el largo período de trastornos que sufrió la República, después de los acontecimientos de Oaxaca, me impide seguir un diario de las operaciones y sucesos ocurridos durante los tres meses que duraron las hostilidades, ya en los suburbios, ya en las calles de la ciudad.

Fiado, pues, en mi memoria, un tanto perturbada por el cúmulo de hechos ocurridos en la serie de años que desde entonces han pasado, y que muchos de aquellos me han afectado personalmente, acometo el trabajo de narrar con el mejor orden que me sea posible, la historia de lo sucedido en una época relativamente lejana.

No deberá extrañarse, por lo tanto, que cometa errores cronológicos, haciendo aparecer invertidos algunos acontecimientos con relación á las fechas en que tuvieron lugar. Pero sí protesto, que me creo con ánimo bastante sereno para relatar fielmente la verdad.

Comenzaré describiendo el orden que guardaban nuestras fuerzas en el campo, cómo subsistían, y las costumbres que se habían establecido. Las tropas se hallaban divididas en tres secciones. La primera ocupaba el Fortín de la Soledad, en el extremo derecho de nuestra línea, con tres obuses de montaña. La segunda ocupaba la meseta que se llamó de Morelos ó de la Libertad, con los dos obuses largos y la pieza de á 6. La tercera, la altura que se llamó del Carmen, á la izquierda de la línea, con dos obuses de montaña. Allí se estableció el Cuartel General.

Entre los dos primeros puntos quedaba un espacio desguarnecido; pero en caso necesario podía cubrirse extendiendo las tropas en línea de batalla. Mas desde Morelos hasta el Carmen, el espacio descubierto era grande, y no sería posible cubrirlo sin desguarnecer el último punto.

Como se vé, nuestra línea era muy extensa, para la fuerza que la cubría, y por consiguiente débil; pero el enemigo no se atrevía á atacarla, recordando á Santo Domingo del Valle, y no quería aventurar nada, considerándose seguro dentro de la ciudad.

Al pie del cerro del Carmen, cerca del acueducto, había situado un destacamento [b] en observación de la caballería que el enemigo tenía siempre en el llano.

Solía suceder que algunos soldados se avanzaban á insultar á los jinetes, y estos, mohinos, se lanzaban sobre aquellos, que replegándose violentamente á los suyos, que salían á su defensa, ahuyentaban á balazos á la caballería.

Otras veces, ésta se acercaba á escaramucear, con el fin de atraer los infantes al llano; pero éstos, que eran soldados experimentados, salían á ahuyentar á los jinetes sin aventurarse demasiado en la llanura; y cuando veían que se disponían á cargar, volvían violentamente á su posición, rompiendo el fuego al verlos cerca.

Estas escaramuzas, que tenían lugar con frecuencia, eran aplaudidas desde los cerros, ó desde la ciudad, según las peripecias que ocurrían. Por supuesto que en la noche se replegaba el destacamento á la línea.

El enemigo hacía bastante uso de la artillería sin causa justificada. En varios períodos del día, comenzaba á disparar sobre las mesetas de la Soledad y Morelos, sin causar daño alguno. Sus granadas pasaban por encima de nuestro campo é iban á reventar al otro lado de los cerros; aunque algunas rebotaban antes, salvando igualmente nuestras posiciones. Las que no reventaban, eran recogidas y cargadas de nuevo para nuestro uso. Casi nunca tocaban las mesetas, pues el tiro se hacía de los más difíciles, porque tenía que herir la línea que formaba la cresta, á una altura considerable.

Lo único que logró el enemigo con sus fuegos, fué que ya la tropa no se preocupase por ellos; y muchos comenzaron á comprender que el General había hecho bien en prohibir el fuego de artillería que no tuviese un objeto determinado.

La caballería excursionaba recogiendo en los pueblos los pequeños fondos que de los impuestos se recaudaban, y los cuales entregaba al Tesorero del Estado. También allegaba al campo reses y harina para la manutención de la tropa.

Desde el General en Jefe hasta el último soldado, recibían diariamente su buena ración de carne y dos hermosas tortas de pan excelente; y cada quince días recibía la tropa medio real en mano y un pan de jabón; y los Jefes y Oficiales prorratéos insignificantes. Como este fué el modo de subsistir de la brigada de la Sierra en todo el tiempo que duraron las hostilidades, no creó necesario volver á hacer mención de él.

Cuando el enemigo no inquietaba el valle de Etna, bajaba la tropa por destacamentos á proveerse de agua en el río Atoyac, y si no, lo verificaba en el acueducto. Las mujeres lavaban de vez en cuando la ropa de sus soldados, que como es de suponerse, se hallaba en extremo deteriorada, viéndose entre ella poquísimos uniformes.

A consecuencia de vivir á la intemperie y sin remuda de ropa, la gente estaba agobiada por los parásitos, sufriendo mucho por este motivo, por la falta de abrigo, en las frías noches en que eran frecuentes las heladas, y por el sol abrasador que soportaba durante el día.

Es digno de mencionarse que el juego y la embriaguez, tan comunes por desgracia en los campamentos, eran allí casi desconocidos. Pero en cambio de estas ventajas, se había establecido una costumbre en extremo perjudicial, y que en un caso dado podía producir funestos resultados. Esta era que con el permiso de los Oficiales, ó sin él, gran número de soldados bajaban á merodear, disminuyendo considerablemente el efectivo de los cuerpos.

Tal práctica causaba al General un profundo disgusto; pero á pesar de sus acervas reprensiones, no logró extirpar semejante abuso.

El enemigo, entre tanto, no perdía el tiempo. Aumentaba su fuerza por medio de levas en la ciudad, ó en los pueblos que le eran adictos; recibía un refuerzo de Tehuantepec, y día á día reforzaba y perfeccionaba sus líneas de defensa.

El Gobierno de Veracruz enviaba también algunos recursos de armas, proyectiles y numerario, que conducía el Comandante D. Luis de Mier y Terán, quien era pa-

seado por el campo, seguido por la música, pues como era uno de los asaltantes del 16 de Enero, gozaba entre las tropas y el pueblo, de grandes simpatías.

Iba corriendo el tiempo sin que cambiase en nada la situación de las fuerzas beligerantes, pues ni los de la plaza se resolvían á dar un asalto á los cerros, ni nosotros podíamos comenzar nuestras operaciones sobre la ciudad con la pequeña fuerza con que contábamos.

Pero aquella monotonía solía interrumpirse con frecuentes escaramuzas y diversiones que tenían lugar en el barrio de la Soledad.

Sorprendido el General de aquellos tiroteos, cuando no había ordenado á ninguna fuerza que bajase de los cerros, reclamaba á los Jefes de los distintos puntos, y ellos contestaban que su fuerza estaba completa y que no habían ordenado á ninguna fracción de ellos que bajase.

En vista de esto, fué necesario hacer una formal investigación; y se llegó á averiguar que los que escaramuceaban en la ciudad eran los *particulares*.

Faltaba saber quienes eran los particulares. Eran los hombres sueltos que se refugiaban en el campo, á quienes los soldados les alquilaban ó prestaban los fusiles, acompañándolos algunos también.

Estos particulares comenzaron á hacer horadaciones en las casas que los vecinos habían abandonado, y se avanzaban por las calles haciendo fuego sobre los parapetos.

El enemigo, que no sabía con quienes ni con cuantos tenía que habérselas, les rompía un nutrido fuego, que duraba todo el tiempo que los particulares tenían á bien.

Muchas veces media docena de estos atrevidos guerrilleros era suficiente para poner en alarma una línea, pues parecían multiplicarse, apareciendo por los balcones, por las azoteas ó por las esquinas, y solían dar lugar á escenas graciosas. Una vez un particular había encontrado unos hábitos de clérigo; se los puso, y ocultando lo mejor que pudo su fusil, se encaminó á un parapeto, gritando que no le tiraran. Cuando estuvo cerca,

sacó el fusil y lo disparó, acompañando el tiro con una andanada de insultos.

Otra vez, los particulares hallaron el juego delantero de un coche, y arrollando un petate, lo amarraron encima, le colocaron un guñapo á guisa de bandera y se dieron á correr con un cañón de una esquina á la otra, amenazando con gritos á los de los parapetos. Luego, despolvoreando varios cartuchos dentro del petate, le daban fuego, acompañando el acto con gritos y algazara para burlarse del enemigo.

Como al replegarse á los cerros no podían llevar su cañón, lo dejaron abandonado. Al día siguiente el Boletín Militar de Oaxaca, después de describir una acción tan reñida en la que los puros habían sido rechazados con gran pérdida, noticiaba la captura de una bandera y un pequeño cañón.

Aquellas hazañas de los particulares, que se repetían con frecuencia, hacían las delicias del campamento, donde se comentaban y adicionaban de mil maneras.

Pero el General se hallaba vivamente contrariado, sin poder remediar nada, pues hubiera sido necesario bajar con fuerza suficiente para hacer entrar en orden á los particulares, que á nadie obedecían; éstos se hubieran resistido, se hubieran dispersado, llevándose las armas; el enemigo habría celebrado el escándalo tomando parte en él; nada se hubiera remediado, y un disgusto profundo en el campo habría sido la consecuencia.

Tampoco podía aguardarse á que subieran á los cerros para castigarlos, porque generalmente lo hacían ya anochecido, cada uno por distinto rumbo y sin fusiles, que dejaban escondidos, ó que después subían las mujeres.

Fué, pues, preciso prudenciar, contentándose con reprobar aquellos desórdenes por la orden general y amonestar á los Jefes para que aumentaran la vigilancia.

Mientras pasaban estos acontecimientos, los Jefes principales de la Guardia Nacional de Oaxaca se habían vuelto á reunir, sin ser invitados, en la barraca del General en Jefe, exigiendo que á la mayor brevedad posible se atacara la ciudad, porque tal era la aspiración de Oficia-

les y tropa, que deseaban salir á toda costa de la triste situación en que estaban.

En la discusión que por tal acto se originó, se adujeron por una y otra parte los mismos argumentos que en la primera reunión, y con el mismo resultado.

Los Jefes se retiraron con mayor disgusto, y el General tuvo que sufrir con calma aquel nuevo acto de insubordinación, que constituye un delito grave en todo ejército disciplinado.

Uno de los Jefes más entusiastas por el proyecto de asalto, era el Coronel D. Porfirio Díaz, que no dudaba que marchando con una columna tomaría fácilmente el parapeto que le tocara. Ya se ha visto por el estudio que se ha hecho sobre esta cuestión, que semejante plan, basado solamente en el entusiasmo de los que lo proponían, no estaba fundado en ninguna razón profesional que pudiera aceptarse.

Pero los que deseaban el ataque, tal como lo aconsejaban, viendo la oposición del General, lo atribuían á capricho, mala voluntad de éste, ó á otras causas igualmente injustas. Lo cierto es que cada día era mayor la prevención en su contra.

Una mañana hubo una grande alarma en el campo. Los cornetas habían tocado enemigo á retaguardia, y todas las miradas se dirigieron á los cerros que cierran por el Oeste el valle de Etna. Allí se veía una fuerza como de trescientos hombres, que se suponía ser del enemigo, pues no se esperaba ninguna. Los de la ciudad, que tampoco la esperaban, no sabían á qué atribuir la alarma de nuestro campo, y se entregaban á mil conjeturas.

El General bajó al llano con una escolta, con objeto de hacer un reconocimiento, y al momento se desprendieron del lado opuesto tres hombres á caballo, que se dirigieron hacia el General.

Poco á poco se fueron estrechando las distancias, hasta que reuniéndose ambos grupos, se vió que los que venían abrazaban al General.

Aquella fuerza, pues, era amiga; ¿pero de dónde venía? Esto era lo que faltaba que averiguar.

Hizo el General bajar de los cerros una fuerza competente para proteger el paso por el llano de aquella tropa, que la caballería de la plaza podía destruir en un momento.

Con efecto, los hombres que la componían se hallaban completamente inermes. La mayor parte venían armados de garrochas, de una que otra lanza, y algunos hasta de carrizos aguzados de la punta.

Poquísimos eran los fusiles y escopetas casi inútiles que traían, con un número de cartuchos insignificante.

El enemigo, que no conocía estos detalles, no se movió de la ciudad, y aquella gente casi inútil por entonces, pudo llegar á nuestro campo, sin novedad.

Venía de Tlaxiaco, donde al mando del Coronel Orozco se había levantado para ir en auxilio de los que hostilizaban á Oaxaca.

Afortunadamente había en el parque fusiles suficientes, procedentes de los tomados en Santo Domingo del Valle, de los dejados por desertores, y de los que el Gobierno había remitido de Veracruz.

Desde luego el General procedió á armar y municionar al "Batallón de Tlaxiaco," como se le llamó, dándole por Mayor al Comandante D. Joaquín Errasti, para que dirigiera y auxiliara al Coronel Orozco. Allí, al frente del enemigo, se procedió á dar á aquel grupo de hombres la instrucción, por demás elemental, que en las circunstancias era posible. Por lo que hace al equipo, no fué tan fácil proporcionárselo, y cada uno guardaba los cartuchos como mejor podía.

Con aquel auxilio inesperado se cubrió la laguna que existía entre los campos del Carmen y de Morelos, y nuestra línea apareció con pocas soluciones de continuidad.

Ordenó el General que delante del campamento que tenía el batallón de Tlaxiaco, se abriesen en el cerro, de trecho en trecho, unas trincheras donde se alojaran las tropas de servicio. Estas trincheras quedaron sin

concluir, porque siendo el terreno rocalloso, no pudo conseguirse que los soldados las continuaran. Sin embargo, se utilizaron á pesar de su imperfección.

El enemigo solía organizar partidas que vinieran de noche al pie de los cerros á tirotearnos y á insultarnos, amenazándonos con subir.

Con objeto de que la tropa no se fatigara y sí obtuviera el descanso necesario, mandó el General que los campamentos permanecieran tranquilos, y que solamente las tropas de servicio se pusieran sobre las armas; pero sin contestar el fuego ni las voces de los enemigos, á menos que éstos tratasen de subir efectivamente al cerro.

Así sucedía que un silencio pavoroso era la única respuesta á la algazara que hacían los contrarios, quienes temiendo tal vez un lazo, no se atrevían á dar un paso adelante. Acababan por retirarse, y convencidos de que perdían su tiempo, concluyeron por no volver más, dejándonos dormir en paz.

El Comandante Terán, que había vuelto de Veracruz con algunos auxilios, reunió un grupo de particulares y con ellos bajó á escaramucear á la ciudad. Ocupó la iglesia de San Felipe, repicando las campanas, y desde la torre estuvo haciendo fuego sobre la plaza; pero naturalmente, en la tarde tuvo que abandonar la iglesia y replegarse á los cerros.

El enemigo, que notó el daño que podía recibir desde aquel punto, se apresuró á ocuparlo; y en la noche se fortificó en él, colocando un pequeño cañón en la bóveda.

La iglesia y Convento de San Felipe, sólidamente contruidos como todos los de Oaxaca, vinieron entonces á ser respecto del recinto fortificado, una obra exterior que lo cubría por aquel frente, deteniendo nuestra marcha y aumentando las dificultades de nuestros aproches; mientras que en nuestro poder hubiera sido un punto de apoyo excelente.

Después de este suceso, y con pocos días de intervalo, ingresaron al campo el batallón de Jamiltepec ó de Costa Chica, con unos trescientos hombres al mando

del Coronel Piza, y un cuerpo de caballería de las Mixtecas con igual fuerza poco más ó menos, mandada por el Coronel Ramos.

El batallón venía armado y equipado; pero la caballería carecía de todo. No obstante, con estos refuerzos pudimos dominar el valle de Etna y ocupar el Marquesado, donde se establecieron el Campo-santo, el hospital, la fábrica de pólvora, los talleres de armería y carpintería, la elaboración de municiones, la imprenta, panadería, carnicería, etc.

Allí se elaboraba la pólvora que servía para reemplazar los consumos diarios, por el sistema de revolución; pero el salitre, el azufre y el carbón, venían de lugares diferentes y distantes; de suerte que á veces había necesidad de suspender los trabajos, porque faltaba alguno de los componentes.

Allí se recortaban los fusiles para proveer á la caballería de mosquetones que no tenía; se construían lanzas que faltaban totalmente, y cuyas astas se tenía que hacer venir de lejos, y también se construyeron blusas de bayeta encarnada para la misma arma.

Es verdad que nuestros partidarios de Oaxaca nos ayudaban en cuanto podían, y por medio de las mujeres, que hacían un gran rodeo, nos remitían piedras de chispa, cápsulas, bayeta, y á veces pequeñas cantidades en dinero.

Refiriéndose á los trabajos descritos, decía el Gobernador de Oaxaca, Cajiga, en su memoria ya citada (pág. 9):

“Una actividad incomparable producía los mejores resultados, y la línea de nuestra división se extendió por lo pronto hasta la Soledad y el Calvario.”

Hay que advertir que casi todos los obreros que trabajaban en el Marquesado servían casi sin retribución, contentándose con poco más de lo que se le daba á la tropa.

Pero á pesar de todas aquellas ventajas, se tropezaba con enormes dificultades que sólo el tiempo podía vencer. Estas demoras causaban la desesperación de las